

## FRANZ HELLENS, GRAN NOVELISTA DE PROFUNDIDADES DESCONOCIDAS

por EDMOND VANDERCAMMEN

Digámoslo inmediatamente: Franz Hellens, escritor flamenco de lengua francesa, es uno de los novelistas más representativos de hoy. Pocos autores han removido, como él, las profundidades desconocidas del alma y ninguno, me parece, se ha detenido en esas regiones con tal pasión y con tal compasión al mismo tiempo. Su poesía, al menos la escrita en verso, no será mi objetivo en estas líneas, pero como ella desborda por todas partes en su obra, tendrá que reencontrarla a cada paso y recordar, ante todo, que Franz Hellens es un genio cuyo secreto reside en abrir perpetuos interrogantes acerca de la actitud de la infancia. "Yo seré eternamente el niño que fui": así habla Hellens, y así nos invita a asistir a la más auténtica revelación de la vida interior. Agrega: "La infancia del hombre plantea el problema de toda su vida, pero corresponde a la edad madura encontrar la solución."

Franz Hellens nació en Gand en 1881. Como Maeterlinck, Verhaeren, Van Lerberghe y Rodenbach, hizo sus estudios clásicos en el colegio de Santa Bárbara, en aquella ciudad. ¿Era la literatura su vocación? Es de creerlo, a pesar de que él mismo confiesa que toda su vida ha sido una lucha entre la poesía y la música. Ambas, poesía y música, darán a la obra del novelista aquella elevación esencialmente espiritual que la hace tan atractiva y tan poco material, incluso en la encrucijada donde la realidad aparece más desnuda, es decir, en la fuente misma de las sorprendentes transfiguraciones debidas al pensamiento creador.

De todos modos, Hellens se expresa, pues, en lo absoluto. Debuta en 1905 con una novela intitulada *En ville morte*, obra a la cual él no concede sino un valor relativo y que, sin embargo,

contiene, en estado latente, casi toda la materia imponderable y feérica que el autor empleará y dominará en sus obras obras, tales como *Melusine*, *Bas-Bassina-Boulou* o *Le Naif*. Allí se encuentra ya la necesidad de evasión de uno mismo que mina a tantos personajes de este novelista y que, en su libro siguiente, *Les Hors-le-Vent*, como en todas sus otras obras, entrará en lucha con las más duras exigencias del destino. Fue Edmond Picard, el gran abogado belga y sutil animador, quien proclamó de primero el nacimiento del talento de Hellens en términos verdaderamente proféticos, ya que mostraba que lo fantástico y lo real bien pronto se equilibraban en esta obra, y entraban en lucha, del mismo modo que ocurre en algunos primitivos flamencos, sin que ninguno de aquellos dos elementos llegara a dominar completamente al otro. Edmond Picard veía así nacer al novelista de *Realités fantastiques*, al poeta de la transfiguración de lo real, en tanto que el autor mismo tomaba conciencia de las posibilidades de su imaginación y de las necesidades de su oficio de prosista.

*Hors-le-Vent* es un libro de cuentos. El cuento y el pequeño relato ocupan gran sitio en la obra de Hellens; sólo mucho más tarde abordará realmente la novela en toda su compleja vastedad, pero jamás abandonará el corto relato, que se presta admirablemente para exhibir el carácter fantástico de la psicología que le obsede y también para la poesía, que es su credo y su fe. Respecto del cuento, no puedo dejar de recordar aquí la idea de Novalis: "El cuento es, por así decirlo, el canon de la poesía. Toda poesía debe ser legendaria y feérica. El poeta adora e invoca el azar... Un cuento es como un sueño, sin relaciones lógicas. Es un conjunto de cosas y de hechos maravillosos, como una fantasía musical, o las *suits* armoniosas de un arpa eólica, o la naturaleza misma." Es esta atmósfera, sobre todo, lo que más nos atrae en los cuentos de Franz Hellens. En *Clartés latentes*, los relatos toman la forma de paráolas y preparan ya el hechizo de *Nocturnal* y de *Realités fantastiques*. Se establece allí un equilibrio entre lo real y lo fantástico, y si estas historias extraordinarias hacen pensar en Poe, hay que hacer notar, no obstante, la diferencia esencial que separa a los dos escritores. Hellens mismo la ha subrayado en un libro de una lúcida belleza, en *Documents secrets*, sobre el cual volveré más adelante: "... Mientras que Poe va de lo desconocido a lo conocido, de lo fantástico a lo real —dice Hellens—, yo, al contrario, tomo mi impulso desde la realidad para desembocar en lo fantástico."

Observación ésta indispensable para el lector sorprendido por el misterio de tales libros.

*Nocturnal*: noche, sueño, misterio, sortilegio. Allí la verdad se metamorfosea gradualmente en fantasma. El cerebro mórbido de los héroes está ávido de alucinaciones y Franz Hellens saca de allí la curva del sueño tan fácilmente como si se tratara de la anécdota más realista. El cuento titulado *Le courge*, por ejemplo, es el apasionado estudio de un sueño despierto. Este sueño es un funcionamiento del pensamiento que no trabaja simplemente en el vacío, sino que se nutre de aquel *autismo* de que habla Bleuler, el psiquiatra, maestro de la escuela de Zurich. El último capítulo de estas historias extraordinarias, e hinchadas de un humor casi violento, revela los principales incidentes de la vida nocturna del autor y las cosas que él ha visto en sus sueños. "El sueño es la transpiración del espíritu", leemos en *La vie seconde*, aparecido en 1945; es ésta otra observación que tiene su importancia cuando lleguemos a *Realités fantastiques*, y quiero agregar que el sueño es también, para Hellens, la transpiración de los sentidos, porque en el delirio de la acción, las torturas mismas tienen su parte de voluptuosidad. ¡Qué imaginación, y qué poder de hechizo! Y, sin embargo, sentimos palpitar la realidad en cada milagro de invención, en cada fantasía demoníaca. No, nadie podrá expresar cuánta angustia humana portan estos personajes en sus sueños.

En la primavera de 1917, Franz Hellens comenzó a escribir su *Melusine*, una novela esencialmente nueva, acerca de la cual se ha dicho que es la expresión lírica de la maravilla científica. El escritor no esperó la llegada del surrealismo para visitar las regiones menos exploradas del individuo. *Melusine* representa una suma de sueños, nos confiesa su autor. "Fue escrito literalmente en un estado de trance, en el que quedé sumergido durante todo este período de extraña fecundidad." Movimientos plásticos y rítmicos, cine, maravilloso elogio de la ciudad moderna y de su maquinismo. Por todas partes se siente al hombre que busca la materia y el por qué de las cosas a despecho de una conspiración que sólo podemos rechazar a fuerza de voluntad. A "la exaltación del espíritu" y a la "emoción del corazón" citadas por Benda, Hellens agrega la influencia del sueño para formar una síntesis de atmósfera típicamente siglo veinte. Por lo demás, este libro reviste un significado eterno, porque, aunque todo ocurre fuera de la vida cotidiana, todo contribuye allí, sin embargo, a

una lenta victoria que sigue siendo válida al libertar milagrosamente los reflejos del individuo. El impulso visionario se acerca, aquí, a un acto de conocimiento.

Sin salirse del género, Franz Hellens ha sabido renovarse extrañamente en un libro fresco como una mañana de mayo. Es la historia del fetiche *Bass-Bassina-Boulou*, sér primitivo, de alma sencilla, cuya suerte está determinada por su ingenuidad, lo mismo que en los héroes de *Oeil-de-Dieu* y de *Naif*, dos libros posteriores. Voluptuosidad de la inocencia en medio de los hombres y de las cosas, dentro de un ambiente fatalista... ¿Pero no es también la exaltación del descubrimiento y, al mismo tiempo, una especie de sátira? *Oeil-de-Dieu* constituye una transformación en la obra de Hellens, pues en este libro el novelista asciende más abiertamente hasta la atmósfera de lo maravilloso sobre un fondo de realidades psicológicas.

Francois Puissant pasa su vida luchando contra un mundo hostil; las reacciones internas que rebotan en su alma le comunican un valor épico, algo que participa del símbolo y del apostolado. Frente a él, pensamos en Don Quijote, pero es, sin duda, una síntesis del hombre actual, en lucha con su propia conducta y siempre vencido en medio de la complejidad de su propio drama. Los deseos de Francois Puissant constituyen todavía una necesidad de fuga para regresar más hondamente a sí mismo, marcha esencial en muchos de los personajes de un escritor para quien el proceso de evasión se presta, a pesar de todo, a un cierto método psicológico. El análisis extiende su registro, y sus posibilidades se afirman tanto en los cuentos como en las más amplias novelas que él prepara, no obstante que lo fantástico sigue siendo, para él, el patético vehículo para llegar al misterio.

Franz Hellens había abandonado el *Oeil-de-Dieu* durante quince días con el fin de escribir *Le jeune homme Annibal*, y él mismo declara que su héroe es un Francois Puissant desviado que sueña con rehabilitarse, no con el mundo entero, sino consigo mismo. Es, pues, todavía un personaje cuya imaginación rebasa los medios de que dispone, es todavía un ingenuo, es todavía un poeta, muy familiar al autor. El gran poeta italiano G. Ungaretti ha subrayado a este respecto que Franz Hellens ha creado en la literatura imaginaria un tipo de mortificado, de ofendido, de rebelde, suavizado por el calor poético; es lo que veremos, sobre todo, en *Moreldieud*, la incomparable novela que acaba de apare-

cer y que constituye la suma de todos los medios de que dispone el genio del creador.

En 1926 apareció *Le naif*; allí se dibuja ya un segundo período en el autor, el período del análisis más consciente de los acontecimientos humanos. Le siguen *La femme partagée*, *Les filles du désir*, *Fraîcheur de la mer*. El protagonista de *Le naif* no es un ingenuo infantil, del cual pudiera reírse el lector, no es un niño que deje de interrogarse acerca del mundo exterior o del mundo interior. El se encarga de probarnos que el hombre no es siempre un adulto, sino que es, inicialmente, un estremecimiento adolescente con sobresaltos de pubertad. El lector puede comprobarlo, y un pasaje de *Document secrets* lo confirma: "El descubrimiento de la infancia es el descubrimiento del hombre mismo; todas las mentiras de la existencia diaria, todas las falsedades adquiridas, las ilusiones de la edad madura, caen frente a esta realidad." Este descubrimiento nos commueve igualmente en *L'enfant et l'écuyére*. Este niño acosado por la angustia cada vez que el proceso de las cosas y de los seres se transforma, es más curioso todavía que aquel otro ingenuo, y tal vez más puro que él, a pesar de ciertos reflejos brutales. Un ser asombrado y decepcionado, un niño que se hace hombre dolorosamente, hé aquí lo que nos hace ver el curso de la fatalidad, cuyo hilo termina, con frecuencia, envolviendo y sujetando las almas que cruzan por los libros de Hellens. Y cuánto fatalismo sigue imperando en *La femme partagée*, en donde el amor, la amistad y la sensualidad recíprocas constituyen el nudo de un sufrimiento expreso o latente, ¡y siempre compartido entre tres! La idea de que el hombre es completamente descifrable, lleva al novelista a ponerlo todo al desnudo con tintes ultravioletas. René Lalou ha escrito a propósito de Stendhal: "Stendhal reconcilia la novela psicológica con la fantasía y la acción"; es ésta, un poco, la manera de obrar Hellens, con un poco más de sentido musical y poético dentro de aquella misma acción y, también, intensificando la aventura. No puede situarse mejor el sentimiento que se halla en el origen de los lúcidos relatos que forman *Les filles du désir*, que como lo hacen estas palabras del poeta belga Paul Mérat: "Disponer de todo sin poseerlo y realizarlo todo en los abismos de sí mismo. Todo es adquirido antes de ser poseído, y la posesión efectiva será siempre un testimonio, a veces necesario, de la adquisición."

Todavía más elementales son los seres descritos en los cuentos de *Fraîcheur de la mer*, pero no menos ricos en sus actuaciones

y no menos humanos que otros seres sumidos en las realidades fantásticas. Ahora el estilo de Hellens llega a una pureza perfecta y a una depuración que confiere a cada página suya una duración incontrovertible. Después el niño regresa con *Frederic*, aquel niño que Hellens no olvida nunca: "En el fondo, en una jaula, las penas permanecen vivas. Un día, se revelan y sus garras nos destrozan." En 1936, aparece *Le magasin aux poudres*, cuyo sentido lírico oculta menos la realidad novelesca de los conflictos morales que conducen —siempre en forma fatal— a un epílogo tan trágico como inolvidable. Grandeza y debilidad humanas atraviesan, de allí en adelante, toda la obra del gran novelista y completan su visión del mundo interior, como aquella de *Fantomes vivants*, que surge aquí y allá para cristalizarse en un libro del mismo título y que se impone todavía por su sensibilidad desbordante en aquel momento en que el drama la rebasa. Esto impulsa a escribir un ensayo muy interesante sobre el exceso de humanidad que debilita el alma de algunos de los principales personajes de Franz Hellens. Habría que incluir allí a Sidonie, la heroína de *L'enfant au paradis*, que lleva su ilusión de la maternidad más allá de los límites de la carne y de la imaginación normal. Muy distinta de *Yerma*, es, sin embargo, el drama de la estirilidad, y su aspereza es tan desgarradora como aquella que encierran los episodios en la obra del poeta español.

En cuanto a *Moreldieu*, una de las más profundas novelas de la literatura contemporánea, hay que anotar que commueve tanto por el análisis de los caracteres como por las sugerencias que se hallan en el color de las almas. Esta última cualidad comunica a Moreldieu una vibración carnal y espiritual que proyecta en torno suyo, al mismo tiempo, sombras de abismo y luces celestes. La infancia también aquí regresa a través de la vida del héroe, una infancia mal comprendida que hace del héroe, a veces, un ángel, y a veces un demonio. El, según lo confiesa, había aspirado siempre al crimen para obtener el beneficio de una santidad adquirida en el fango, pero muere dándose cuenta de que el fango mismo es también, solamente, un engaño. Moreldieu es un personaje típico del mundo explorado por Hellens; la ambición exacerbada, el demonio de la aventura que ahoga su alma, sus decepciones, todo, incluso la poesía viva que constituye su pan cotidiano, todo le conduce a la derrota. Y a propósito de la infancia, es preciso recordar nuevamente estas palabras, tan significativas, que hallo en *Documents secrets*: "Sólo la infancia

—dice— tiene su primavera, su estío, su otoño y su invierno. Todo lo que viene después es, solamente, una repetición sobre otro plano.”

Las obras de Franz Hellens se han ido imponiendo lentamente, pero el surco que han hecho más allá de las fronteras de su patria se ensancha cada día e impone su resplandor por todas partes, en cada sitio en que alientan un espíritu y un corazón. Nada más que la fantasía apoyada sobre el dibujo y aconsejada por la música, ha escrito Valéry Larbaud. Yo quisiera terminar este estudio, tan incompleto, haciendo notar especialmente que la fantasía de que aquí se trata no es nunca, para el autor de *Moreldieu*, un simple juego. Hellens ha transfigurado una vida interior de una riqueza inagotable y, en virtud de un paciente trabajo de decantación, y de equilibrio, reaparece siempre con un aire fresco, midiendo siempre su propia libertad:

Héme aquí como el gato  
que halla la ventana abierta:  
tendido el cuello, aferrado al punto de apoyo,  
yo mido siempre mi libertad.

(La traducción del original, enviada por su autor, fue hecha por el doctor Andrés Holguín.)